

Arquitrave



Dasso Saldívar • María Polidóuri • Günter Eich
Alfonso Quijada Urías • Nguyen Chi-Trung • Eduardo Milán
León Darío Gil • Luís Fernando Macías
Juan Pablo Roa • Paul Nilsson

Aquel piso vacío

H.A.T

Recordemos tú y yo
aquel piso vacío
que daba a la plaza de toros
a mediados del año
de tus dieciséis
cuando al vernos de nuevo
tras meses de disgusto
tanto nos amamos
que al partir
al recibir la paga
dijiste que te habías
enamorado de mi cuerpo
más que de mi alma o mis palabras.

Yo también te amo
y es tu cuerpo
el alma que adoro
y tus ojos
y tu boca
y aquel tu lugar
por donde me fugo
hacia tu vida
que es mi muerte.

Con gusto
moriría por verte
una vez mas
y morir.

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Año V # 29

Febrero de 2006

Arquitrave se publica con el patrocinio de Alberto da Costa e Silva, Antonio Caballero Holguín, Cristina Peri Rossi, Consuelo Triviño Anzola, Daniel Balderston, Diómedes de Jesús Cordero, Elkin Restrepo, José Prats Sariol, Juan Diego García Mejía, Juan Manuel González Martel, Luís Antonio de Villena, Pedro Granados, Raúl Rivero Castañeda, Ricardo Aguirre Piñeros, Rigas Kappatos, Rowena Hill y William Ospina.

APUNTES BIOGRÁFICOS

Dasso Saldívar



Nací el 24 de Julio de 1951 en San Julián, una veredita de Antioquia ubicada cerca de las centrales hidroeléctricas del río Guadalupe. Crecí en una finca que era mitad potrero y mitad cafetal, de modo que me crié entre caballos, vacas y cerdos y entre cafetales, maizales y yucales, en los cuales trabajé como agricultor raso hasta los catorce años, edad a la cual me llevaron a estudiar a Medellín. Hice los dos primeros años de primaria en la escuelita rural de la vereda de Guanteros, en la cima de una montaña, desde la cual tenía, de un lado, la vista de las muy cristalinas aguas de la quebrada de San Juan, y, de otro, las turbias y ruidosas aguas del río Guadalupe desem-

bocando en el Porce. Aparte del frío y de la maestra, lo que más recuerdo de estos primeros años es pues el increíble paisaje de los ríos y de las montañas, y, de la escuela, el divorcio entre la realidad y la teoría, esa especie de cuento de hadas que suponían las clases de mis maestras Inés y Rosalía.

Pero los dos primeros cursos de primaria supusieron cuatro años de mi vida real, aparte de que sólo a los ocho o nueve años ingresé en la escuela. Ambas circunstancias, en un contexto cultural campesino completamente iletrado, hicieron que fuera un lector y un escritor tardío. Aunque mi pasión por el trabajo y mi sentido de la responsabilidad me convirtieron en «todo un hombre» al empezar apenas la adolescencia, en realidad fui también un adulto tardío, pues sólo como a los treinta años vine a tener conciencia real de que había pasado ya de los veinte.

Terminé la primaria en la escuela Ramón Ceballos Henao de Medellín, donde obtuve un pase de honor para cursar el bachillerato en el Liceo Antioqueño. Luego empecé Derecho en la Universidad de Antioquia, que abandoné al viajar a España en Septiembre de 1975. Estando en segundo de bachillerato empecé a publicar poemas, comentarios y pequeños artículos en el Magazín de El Espectador. Para entonces yo quería ser poeta, leía mucho a los poetas antioqueños, colombianos y españoles, y escribí montones de malos poemas (aunque más tarde llegué a figurar en una antología de poetas universitarios que publicó Carlos Castro Saavedra en la Revista de la Universidad de Antioquia). Pero también quería ser abogado, médico y astronauta. La poesía, los tratados de biología, la astronomía y la afición a los diccionarios y a las enciclopedias eran mis lecturas favoritas. Era un pésimo lector de relatos y novelas, pues me parecía que daban muchos rodeos y que utilizaban demasiadas palabras para decir muy poco. Hasta que gracias a la recomendación de un compañero de clase, Fernando Gallego, cayó en mis manos *Cien años de soledad*

estando en tercero de bachillerato. Me volví un gabófilo obsesivo. Leí todos los libros de García Márquez y todo lo que encontré sobre él, a la vez que iba haciendo acopio de todo lo relacionado con el escritor y su obra. Pero nunca pensé escribir una biografía suya ni nada por estilo.

Gracias a mi amistad con el pianista Jorge Alberto Marín, condiscípulo mío desde segundo de bachillerato, me hice amigo de su padre el escultor Jorge Marín Vieco y un asiduo visitante de su casa Salsipuedes, que está en el barrio Robledo, en las lomas occidentales de Medellín. Aparte de la escultura, la pintura y la música, en aquella mansión paradisíaca, a la cual Lucho Bermúdez le dedicó la canción que lleva el mismo nombre, entré en contacto con los nombres y la obra de Gonzalo Arango, Jorge Artel (con quien tuve cierta amistad), León de Greiff y Jorge Robledo Ortiz. También cultivé la amistad y las enseñanzas de Manuel Mejía Vellejo.

Fue en segundo de bachillerato, al empezar a escribir y a publicar mis primeras cositas, cuando me inventé el seudónimo de Dasso Saldívar. Dasso viene de Darío Antonio Sepúlveda Ochoa, luego le agregué otra s por mi admiración a Picasso. Cuando me pregunto por qué me inventé ese seudónimo, no logro tener una respuesta clara. A veces creo que lo hice por la ingenuidad de creer que, para ser poeta (como lo había leído en Rubén Darío, Neruda y Porfirio Barba Jacob) había que tener un seudónimo. Otras veces pienso que lo hice para esconderme detrás de ese nombre. Aunque pueda parecer lo contrario, nunca me ha gustado llamar mucho la atención sobre mi persona, ni para bien ni para mal. Así que me sentía contento cuando mis amigos y compañeros del Liceo Antioqueño leían mis cosas en la prensa, pero más cómodo y divertido me sentía cuando muchos no sabían quién era ese tal Dasso Saldívar. Lo cierto es que, estando ya en Madrid, un día quise dejar el seudónimo, pero el juego se había vuelto tan serio que me fue imposible firmar cualquier texto

con mi nombre de pila. De hecho, no estoy seguro de que Dasso Saldívar y Darío Sepúlveda Ochoa sean la misma persona.

En Madrid, donde vivo desde que me vine a España, estudié primero varios años francés e inglés en la Escuela Oficial de Idiomas y luego decidí hacer la carrera de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, mientras seguía con vivo interés el paso de la dictadura de Francisco Franco a la democracia. Pero tampoco terminé la carrera. Recuerdo muy bien la anécdota que me llevó a dejar para siempre la Universidad. Durante un verano de comienzos de los ochenta me encontré con Manuel Mejía Vallejo, que venía de representar a Colombia en un congreso de escritores en París. Una tarde, mientras tomábamos alguna copa en una terraza del barrio Goya, le hablé de mi empeño en terminar la carrera, me escuchó con atención y luego me dijo con entera franqueza: «Yo creo que vos no querés ser escritor, sino doctor. ¡No jodás! En Colombia es doctor cualquiera». Entonces abandoné la Universidad y me dediqué por completo a la literatura y al periodismo. Fundé y dirigí con Narciso Gallego y la colaboración especial de Augusto Roa Bastos la revista *Margen*, consecuencia directa del Primer Encuentro Hispanoamericano de Jóvenes Creadores que realizamos en Madrid en Julio de 1985. Durante varios años colaboré para diversas revistas y periódicos de América y Europa, escribí cuentos y hasta incurrí en el vicio de ganar un par de premios. Pronto me di cuenta de que no quería hacer carrera de escritor premiado, como tantos en este país, pues ésa es una práctica para el olvido. Sólo quería escribir lo que sintiera como inevitable. Y, en efecto, la vida me ha ido enseñando que uno no escribe los libros que quiere, sino los que se te imponen, y que uno escribe los libros no porque los sepa, sino para saberlos.

Así, *El viaje a la semilla* es la primera y más agotadora de esas imposiciones. La segunda es *La subasta del fuego*, la novela que vengo trabajando hace ya tiempo sobre los últimos veinte años de Manuela

Sáenz en Paita. Sin embargo, los que escribo con una mayor delectación, línea a línea, son los varios libros referidos a mi infancia: un libro de relatos y varias novelas que tienen como fondo la cultura del café. La primera de éstas es *Los soles de Amalfi*.

A mediados de los ochenta, mientras escribía *El viaje a la semilla*, leí la biografía de Manuela Sáenz escrita por el irlandés Víctor Von Hagen, y me impresionó tanto el olvido y la miseria en que vivió en el puerto peruano de Paita, que quise saberlo todo sobre esos últimos años de su vida. Históricamente es muy poco lo que pude averiguar de más sobre este trayecto final de Manuelita, excepto que fue tan dramático y alucinante como el de Bolívar. Desde entonces he sentido la necesidad irrefrenable de imaginármelo todo. Y en esas ando todavía, con menos ventura que desventura. Así como no estuvo en mis proyectos escribir una biografía sobre García Márquez, tampoco estuvo escribir una novela sobre Manuelita. A este paso, empiezo a sospechar que nunca escribiré las novelas sobre mi infancia. También es cierto que el influjo que han tenido en mí escritores como Borges, Rulfo y García Márquez me ha inhibido un poco como escritor, porque, cómo escribir con una calidad medianamente aceptable después de estos tres maestros: en ellos está todo lo novedoso y todo lo innovador que te puede ofrecer la narrativa moderna de la lengua castellana.

DASSO SALDÍVAR

Voces del barro

I

Arroja
la idea
la emoción
lo que ocupe tu mano
Echalo a andar y conoce
sus pasos
En el camino
un arriero centenario
te prestará sus aperos
y algunos sueños
los barrerá la tormenta
Pero del callo
destilado en el barro
germinará la aurora aplazada
Y un día la encontrarás,
te reirá,
adelgazando
esos sudores
al viento

II

Cruzando
el limen de la noche,
la luz que duerme
en la hierba diligente,

los signos de la página
o de la nube,
allí toparás
los sueños
apuntalados a tus callos
Y el agua de los ojos
que sube por tus manos
hasta proclamarse
en el barro
que fermenta
los minutos
as horas
los días
y estos años

III

Otras veces
me compruebo
en la crepitación fría
de mi ser
o en el acto espúreo
de un sueño
Y entre el deseo
y el hecho que lo alumbra,
el río de Heráclito está inmóvil,
infecto de crepúsculos

IV

Al a t a r d e s e r
alza la cabeza y mira
Allá pende la última
espada de Damocles:
un cuervo negro
y en cuervo blanco
cortejan el mismo cielo

V

Requerido el corazón
en este otoño
entramos en suceso de primavera
al íntimo sarcófago
de los besos y los abrazos infinitos
Y fundidos en tu vientre
comprobamos en los desvanes
los sueños y el oro intactos,
ociosos de los dos

VI

He atravesado amaneceres
como chorros de ilusiones
y a l a t a r d e s e r
he visto
ascender la gravedad:
la gravedad que nos ataba
al barro

VII

Latente persiste
el despertar
El barro construye
el pivote íntimo
pero tal vez me confundan
sus signos luminosos
en la oscuridad aún escasa
para ver

VIII

Desde los poros
hoy mi corazón
me saca
un pañuelo blanco
Desde los ojos
fluyendo de espaldas
a la vida
yo le digo adiós

IX

Por la otra carroña
anidaron buitres en el alma
El que me signa
el que me acosa
está enfermo,
grave de mi amor

X

En el corazón de ese hombre
madura una granada disidente
Cada mañana
cada tarde
a l a n o c h e s e r
me endulzo y revivo
en su explosión

XI

Entre los átomos
y las estrellas
ha fermentado
el silencio del barro
ha eclosionado la clorofila
de los siglos
y mis ojos anidan
en su ángulo de regreso

Al mirar hacia
a r r i b a b a j o
a l m i r a r
me palpo
partícula
a
partícula
siglo

a
siglo

en mis carnes
en
mis huesos
en el barro de la aurora:
voy devolviendo
la mirada que presté
a esa estrella del cenit
a esa estrella del nadir
a esa
estrella

Las bestias del duelo

Entre el pie y la mano
se extiende un océano de hombre
de hacerse humano humano
El que aquí divisamos
es apenas un mar:
de Uruk al Lacio
derivando hacia Bolivia
hacia la exangüe Palestina

Entonces un joven dijo
a Gilgamesh en la aurora de Uruk:

mata Humbaba, la bestia,
mátalo en el bosque de los cedros
¡Y lávate de los pies!

Gilgamesh se lavó los pies
conoció el gemido
como un efluvio del barro
y dijo:
yo no he sido
fue el hombre
el que comienza
¡Niño al pie de los siglos!

Y desde las arenas del Lacio
un anciano dijo a Pilatos
en el ardiente mediodía:
mata al Ungido
mátalo en la llanura del alma
¡Y lávate las manos!

Pilatos se lavó las manos
alumbró una llaga en la mirada
y dijo:
yo no he sido
fue ella, la bestia
la que se apaga
en la hora postrera

Pero ay la tradición siguió reptando
a lomo de los siglos
hasta cebarse en La Higuera
en la exangüe Palestina

Y una voz de conserva
se alzó en el crepúsculo de Bolivia
y del Naranja Triste:
mata al guerrillero
mátalo en el recodo
de nuestra libertad
¡Y perfúmate la razón!

El vicario del Norte
se perfumó la razón
y la pregonó al mundo entero
Pero el tatuaje seguía ahí
anidando en la memoria del hombre

¡La bestia del Norte
santificaba a Humbaba
en un bosque de Bolivia
en un naranjal de Palestina!

Madrid, 1985

Para Reina, Elkin, Joe, Rubén y Leonard

MARÍA POLIDÓURI

Sólo porque me amaste

Canto sólo porque me amaste,
y porque con el sol y los anuncios del verano,
con lluvia y con nieve
me amaste.

Porque estuve entre tus brazos
una noche y me besaste,
porque por eso soy hermosa
como un lirio abierto
y aun llevo ese temblor de la dicha en el alma
porque me tuviste en tus brazos.

Porque tus ojos me miraron el alma
me puse la corona mas excelsa de mi vida,
porque tus ojos me miraron.

Porque me amaste nací,
por eso vivo,
y en la tristeza de vivir sin ser
mi vida se dio.

Porque me amaste he nacido.
Porque bellamente me amaste
he vivido para multiplicar mis sueños
amado mío.
Y así puedo morir con tanto amor
sólo porque con belleza me amaste.

A un amigo

Una tarde vendré, por el camino que conozco,
vendré para encontrarte, sólo, con tus sueños.
La noche llevará consigo sus nubes leves y pesadas
pasando frente a tu ventana.
En tu cuarto me recibirás en silencio con los libros en torno,
abandonados en silencio.
Uno con otro nos sentaremos y hablaremos de lo que se va,
de las cosas que han muerto antes de perderlas,
de la amarga existencia, del tedio,
de no esperar que nada se realice
del desaparecer...

Y lenta en oscura quietud,
se irán apagando las palabras y el último pensamiento.
Y la noche vendrá a detenerse en la ventana;
mezclando brisas y aromas y luz de las estrellas
con ese llamado que la naturaleza exhala,
con tu pecho que el silencio no podrá proteger.

En el sanatorio de Sotiría

Que acabe pronto el día.
¿Por qué tarda tanto la noche?
Bajo la sombra del pinar
un sillón me está esperando.
Las luces en las salas se irán apagando
y como si fuese un desmayo vendrá el sueño.
Una cama vacía
no impresiona a la gente.

El miedo hará honda la noche
cuando llegue el viento.
Los eucaliptos llorones mecerán sus cabellos
junto a los secretos de los sueños.

GÜNTER EICH

Un cliente medita y agoniza en una barbería

Quedarse.
Ser desterrado
al mármol rancio,
a los pelos que la escoba junta
con las moscas muertas
en la esfera de una lámpara -
si uno expresara,
su deseo de ser desterrado
a la barba sin afeitar en la espuma,
a la grasa del papel en la nuca,
entonces entonces entonces
¿se quedaría?

Entrando en un túnel

No convengo
con las interrupciones
de las vías y del alumbrado,
con el engaño
que se prolonga al aire libre
en las garitas de señales
y en los cielos estrellados.
Versos trocaicos, rimas
frente a habitaciones no rimadas.
Sobrecogido
por la armonía
del curso de los astros
no escuchas los gemidos de los
que mueren de hambre.

Aceras sin asfaltar

Agitación más allá de la carretera:
se han decretado señales luminosas,
pero el tusílogo
crece impreciso
hacia el ámbito del asfalto.
¿Qué hacer? Cosas abstractas
acechan en la hierba,
charcos de lluvia, llenos
de biología,
muchos límites, transiciones,
cambios de frontera,
sin ningún resultado, sin ninguna
canción de alondra, -
la administración de las grandes hojas
también agitada.

Paso de los venados

¡No me habléis de los cazadores!
Me senté junto a sus fogatas
y comprendí su lenguaje.
Ellos conocen el mundo desde su origen
y no cuestionan los bosques.
Uno asiente ante sus respuestas,
también el humo de sus fogatas está en lo cierto,
y son duchos en el arte de
no oír el grito
que rompe el orden.
No, queremos seguir ajenos,
y sorprendernos ante la muerte,
aunar suspiros de desconsuelo,
seguir los rastros
y alzar los cañones de las escopetas.

En otras lenguas

Cuando me interpeló el vuelo de la urraca,
el balanceo del aguzanieves,
siglos antes de que yo naciera,
cuando me preguntó lo que uno guarda en silencio,
mi oído le ofreció la respuesta.
Hoy una mirada a través de la ventana
me lo recuerda.
Pienso en el crepúsculo,
allí donde la respuesta alza el vuelo,
y mueve las plumas,
allí donde la pregunta llega al oído.
Mientras mi aliento aún se empeña,
en nombrar lo indivisible,
el verdor del prado me interpreta
y el crepúsculo me piensa.

ALFONSO QUIJADA URÍAS

Dryden, 1631-1700

Todo es igual en todas partes,
a la vista el animal de siempre.
Nada bueno te trajo la guerra,
todas tus amantes resultaron falsas.
Ciertamente, una era ha terminado
y comenzado otra.

Belleza

Asisto al nacimiento de una nueva estética.
Ni fiebre ni delirio. Afuera el cielo gris color de mono.
Llueve, siempre llueve,
la misma lluvia constante, eterna, día y noche.
Después vendrá la nieve por esa misma calle que tras
el ventanal descubro oscura y silenciosa.
Por ella regreso de noche y me siento frente al fuego,
como hoy que no tardan las visiones en invadir mis ojos.
Esta vez una muchacha negra atacada por un asesino
en plena calle desierta: alza el maldito el cuchillo
y lentamente, con arte, lo hunde
de un tajo entre sus pechos opulentos.
Después paso la noche sin conciliar el sueño,
asombrado por tan horrenda belleza.

Ya no creo en las palabras

Ya no creo en las palabras.

El lenguaje es un enmarañado y seco sistema.

Una poderosa estructura que únicamente sirve a
a las leyes del mercado o el consumo.

Me declaro por eso espíritu libre

Y esta es mi lengua:

Wyzzjkrwuñzxjybvglgrtñt (@ O/P%&#].

Y mi mente yo mismo.

Todas las bibliotecas se disputarán tus obras

Todas las bibliotecas se disputarán tus obras,
en todas partes celebrarán homenajes en tu nombre.
En lugares privilegiados se alzarán monumentos
que harán eterna tu memoria.
Se habrá así hecho justicia a tus noches y días de soledad
y angustia.
Mejor, cien veces mejor, no haber nacido.

NGUYEN CHI TRUNG

Vientos

Vientos sobre el triste patio sin gente, donde las hojas buscan juntas refugio para alejarse y perderse mutuamente, sin fondo, sin rozar ni la piedra ni la tierra. ¿Dónde quedó el adonde y adónde era el dónde? ¿Una pequeña entrega mutua es demasiado o no significa nada?

Vientos sobre el cuerpo tambaleante pasan por azules columnas absortas del ojo, con imperturbables sombras del recuerdo, inagotable. Cuando. Cuándo sabremos de ese cuando. Oh, memoria, atravesando como ráfagas de viento cercanías y distancias, dejando lo trágico. Aquí, con frecuencia, en la palabra.

Vientos de las alturas inalcanzables entre las montañas inmersas en nieblas, allí se llevan sentidos y palabras, ni bien aquí ni más allá, sin pertenecer ni al paraje del Yo ni al paraje del Ustedes. Les envié antes una palabra del poema. No saben de ello, ini les preocupa ni los conmueve! Lo veo y lo asumo: lo negado es algo negado. Un no, una nada. No obstante, ingreso cada hora a la espera, llevado por esperanzas, miedos, dudas y negra mente.

Vientos del desierto atravesando nuestra vida, un breve momento y ya vuelve a pasar, dejan la tierra poblada y yerma. Lo que queda aquí o allí es el resto de arena y polvo, arremolinados en los cordajes arrancados de nuestro naufragio sostenido en increíble luto. Lo que te daré en la mano confiando en la absoluta admisión de la palabra, ocurre en mi imaginación pensando en que no sólo me sostiene la tristeza, sino que yo también la tuya.

Vientos que regresan las historias ancestrales desde muy lejos, desde donde no dejaban de borbotear. Su susurro nos enseña mucho de lo poco que resta, escaso como los pastos otoñales sobre el fondo barroso, donde yace enterrada la transformación, del polvo al polvo. Muchos somos, pero muchos no poseemos. Los tamaños diminutos de nuestra historia alcanzan plenamente para cubrir el alma con varias capas del musgo milenario.

Vientos enterraron todo el interior de nuestro hogar, la luz de la luna silente sobre oscuras bibliotecas, el sonido mecánico de la desesperación en una tumba. Esos pocos metros en la profundidad de la tierra, ¿es más profunda que el interior del corazón? ¿Consiguieron los vientos enterrar el luto? Hemos permitido que el rezo tome el lugar del poema y la sotana logra cubrir mucho de y para nosotros. ¡Oh, poema! ¿Qué cosa será en la tierra?

Vientos que realmente se llevaron todo, el bullicio del mediodía, el sonido de los espíritus intranquilos, el imán del lenguaje de letras y que sólo dejan percibir el crujir de las hojas secas del bambú entre la tremolante mampara, construida de ramajes y estos, de días pasados. La vía de la sangre pasa por la fractura del corazón que se parte como un leño bajo el hacha, mientras el grito por nadie llama, sólo llama.

Vientos cuyo llanto nocturno doblan las columnas de los faroles, restringiendo su lumbre débil. Vientos que llevan la lluvia a todos los caminos de las ciudades vaciadas, como a un mendigo que a duras penas va y vaga por las calles desérticas, andando desde el final de una calle al principio de otra, hallándose siempre al margen. ¿Qué

será eso de llevar en sí una vieja sombra carcomiéndote el corazón?

Vientos, ¿pueden barrer completa y rotundamente el amor y la imagen del amor del reino humano? Y entonces el corazón interior del corazón ya no debe buscarse. ¿Es poético el ser humano! ¡Oh, reina del corazón! La sangre coronaria es efímera, es insustancialidad, un momento desvanecido. La palabra es legada. Todos somos el recipiente de lo pasajero.

Vientos que comienzan a soplar desde las playas que aún están delante nuestro, hacia las playas que quedan detrás nuestro, de la orilla del olvido a la orilla de lo impensado. Vientos emocionantes y vientos aburridos. Cuántas veces caen a las viejas calles las diminutas hojas del tamarindo. Cuántas veces vuelven los tiempos. Y vuelven pues. Una sola vez o infinitas, vienes a la tierra, al mundo que no olvidas, como nadie de nosotros podrá olvidar jamás esta tierra.

Vientos son uno y el mismo habitando dos sitios alejados de sí, el lugar de la cercanía y lejanía, del saber y no-saber, de la espera y no-espera. ¿Es que la vida puede ser rechazada por la poesía? ¿O sólo la poesía por la vida? No, la vida de cada cual no es única, es sólo la vida misma. No contemples lo tuyo como lo único que tienes, arrójalo a los vientos, déjalo ser efímero y olvido. Lo particular de la vida sólo yace en la palabra que escribes.

Vientos, ¿son únicamente la carencia de la duda? Permitan todavía la escritura de estas palabras, ya que son dramáticas. Aprendamos a amar a la guardiana de lo trágico, aunque no sepamos, si lo merecemos

allí, donde gozamos libre albedrío. Vientos pasan por las vidas que permanecen entre el vaivén de los párpados, por las vidas que no quieren acabar. Pasan por este tiempo hacia todos los tiempos afuera. Vientos traen la oscuridad que no quiere acabar al día glorioso que no quiere acabar. La medida de la eternidad es abarcable.

Vientos, ¿son las palabras escritas y los sentidos llevados a la luz humana? Siempre hablamos del alma, mas, ¿qué sabemos del alma, de su existencia o de su inexistencia? Quizá ella es sólo un tenue aroma, casi imperceptible, solamente donde no estamos, adonde no llegaremos, siempre fuera de nosotros, cuyas huellas terrenales nosotros, los preocupados por nosotros mismos, sólo podemos intuir en el instante de nuestra muerte, en la esfera de cercanía y lejanía. ¡Oh, nubes de gas hechas carne! ¡Materia hecha vida!

EDUARDO MILÁN

Hablo del poder de la fecha en el poema

Hablo del poder de la fecha en el poema,
No del poder de la fecha en el suceso:
del poder de la fecha entre los perros,
sobre el cuero de vaca – eso
es una marca a hierro y fuego, no la mezcla
de palabra y número, piel y hueso-
de la desencarnación que espantó al canto:
ese canto no regresa, ¿regresar a qué, al miedo?
de la carne escasa, puros pluma, ojo y pico,
casa que escasea y automóvil que abunda:
poder de la fecha entre los helechos –eso.

A la izquierda, sobre la copa,
está escrita en rojo,
en petirrojo frágil. A la derecha, sobre la ceja
no deja de derramarse
la fresca
gota
sobre la otra, fresca.

No gastar lo que no hay en ganas

No gastar lo que no hay en ganas,
no comprar lo que no hay en existencia ni en latencia,
deber ganarlo luego con esfuerzo inútil
-alce negro, halcón inquieto, presa díscola el poema
Compréndelo, nena,
giro lingüístico termina en indigencia
Campamento,
hueco adentro un fueguito,
llamas, chispas,
una noche fría el hueco afuera
Suena mejor en pequeño,
en brazos de La Mar Océano
huella en el fondo de fonema huérfano
Está todo lo dicho por hacerse.
En todo lo dicho por hacerse
¿dónde está la gente?
La gente es indigencia pura
formando agencias de indigencia
-no sé si para compra
-no sé si para venta
o si para colocación
acodado en la nada un loco llora
-no sé si parará
salido de baraja carcomida por las
-los demás emigran sin ser aves ni pájaros
-no hay trabajo

Tanto rodeo

Tanto rodeo, lazo para estar en lo
habitabile –casa con palabra
sin miedo metida con su hocico olfatea el hueco
-huele a sin sentido, a meta
no lineal, no pineal, neoliberal a la vera
-abajo hay un abismo
¿vieron que sí? Esas plumas serán qué?
cáscaras, ecos de cóndor
que no se mancha en la operación
asesina no, avvicinado en su grandeza-
gran con dolor de montaña,
tanta cosa grande hay en él y tanta
cosa chica, sin sala, hay en él
de parto de montaña –*me friegan los cóndores*
quiere decir que
me friegan los cóndores es todo, no la riegues
más con lluvia de interpretaciones,
garúa, llovizna o chaparrón,
nadie está lavando nada a la redonda,
hay un caracol sin coraza ni vista al mar ni nadie que lo vista
de ahí viene un ropero desnudo, sin alma,
del mar, pura ropa –como de santo- a secarse
pelícanos, albatros, alcatraces y gaviotas
menos pelícanos, albatros, alcatraces, gaviotas
y cormoranes = cormoranes
cormoranes con un peso de albatros en el vuelo

entrando en la espesura de un lenguaje por el hueco
de la cerradura, todos
los arriba nombrados más los cormoranes
ningún nombre de ave
alcanza la estatura del sin pluma cuyos
- plumas anteriores ondulándose en
lo hondo del abismo son suyas-
cocuyos suenan a bayas - y cormoranes:
ningún nombre de ave alcanza la estatura
no tienen estatura –son bajitos- suficiente
para deslizarse casi sin gravedad,
no tienen estatura suficiente –eso es moral,
esto es el cielo, aquello es una ética que vista
desde aquí los derrumba,
ni hablar de ello
que no existe más que aquí en este aire,
en este árbol de magníficos frutos –mangos,
plátanos, papaya, duraznos, peras –imaginarios,
que no hay de todo esto nada fuera de él,
natural nada, construido todo,
fuera naturaleza con su buey en la barranca
para tapar el hueco con el sol de un dedo,
una brizna de hierba, una pizca de sal
intermitentes los tres en montoncitos
sobre el derrumbamiento
finalmente la arena que se entendía suave para el pie
pero caliente. ¿No habitable?
Avetabla pormantó canta contigo este canto amigo.

Todo hombre es un héroe en su cabeza

Todo hombre es un héroe en su cabeza.
En un pueblo de provincia es un gran héroe
si se decide a trabajar su sueño,
su Napoleón de pueblo,
al menos de este lado del río de las letras.
La conquista es traducción literal,
es pura literalidad sobre los otros,
la metáfora es mejor si tú me sigues,
la metáfora crítica en especial.
Especias se mantienen en Especias,
no bajan a condimento diario:
el sabor se sostiene en el éter
o, un peldaño abajo, en ambrosía.
En la tierra no se descubre nada,
sólo se encuentra, todo está. Buscar.
El velo que se quita, *ve lo que hay detrás*
no se quita. En un sentido no hay nada que ver.
En un sentido no hay nada que ocultar,
aquí no vino nadie a hacer su América,
América no es una cuestión particular,
América ya estaba hecha, con otro nombre, claro.
El mismo índice de la señal
toca el fin de los descubrimientos.
Cantó *el despertador* –calma: es un pájaro
nicaragüense al que nombra Cardenal-:
hora de despertar al sueño.

LEÓN DARÍO GIL

Agua

Generosa y despiadada,
todopoderosa y atroz.
Si no fuera por Dios que la creó, lo sería.
El mundo bien podría ser su capricho.

Forma divina de la forma

Harta; más que, juntas,
la tierra, las piedras y la arena,
lo que crece, se mueve, lo que habla.
Murmura y canta,
aúlla en la tormenta.
Pasajera de la nube, del río, de la ola.

Alma del rocío.

Es el albergue del principio,
El sustantivo primordial de la vida,
el nítido trasfondo de la sed,
el sorbo postrero.

Cama

Perpendicular a la lluvia.
Horizontal, por igual,
al cielo
que contiene la noche
y al sol
que anima los colores.
Estancia del cansancio
donde suele ocurrir
partiéndose en gemidos
y arañazos, el amor.
Donde tienen suceso
los últimos adioses,
los postreros secretos.
Donde suele acampar la enfermedad
hasta que de ella, y la agonía,
nos reste la muerte.
Donde se acuestan,
en guerras desiguales,
las tiranías de los pecados
y las glorias pasajeras
de las ternuras.
Velero de los vértigos,
las delicuescencias, las felicidades,
de los infiernos, los monstruos,
de los laberintos,
de las falaces apariciones

que reinan en los sueños
o de las pavorosas
que se agazapan en las pesadillas.

Hasta el delirio ansío la mía y me atormenta
cuando no soy capaz
de desangustiar el insomnio
en una piltra cualquiera de hotel.

La cara, esa tuya

La que pones cuando duermes
es la que más me gusta.
No tanto pero las otras también:
cuando me convidas con un guiño.
Cuando, sin ser capaz de guardarte el secreto,
miras al hombre, otro,
que encaja en tus deseos.
Cuando elevas la mirada
para averiguar en las nubes el tiempo de la tormenta
o en el horizonte un recuerdo.
Cuando la muerdes y después de morderla
le miras el mordisco a la manzana.
Cuando de afán te fijas al espejo
para desentristecer un gesto
o para agregarle un toque de sombra a tu hermosura.
Cuando te quedas pensando, como ida,
dónde dejaste las llaves.
Cuando la canción que suena
te obliga un suspiro y por un instante te saca del destino.
Cuando tientas el aire
para corroborar la lluvia que acaba de empezar
y la casa es una promesa tan feliz, feliz y tan lejana.

La puntilla

Vos misma, para corroborar la humildad, encubres tu existencia.

Nadie te enseñó ni nadie, en las cartillas de leer, trazó tu ser ni escribió tu nombre.

No mereciste que una tiza te dibujara en el tablero, y vos lo sostenías.

Advertí, siendo niño, que no era un milagro lo que mantenía en la pared a un mar, un peñasco y un castillo. Vos estabas detrás y yo ignoraba tu nombre.

He visto pender de tu oficio todo el universo, la espiga de un trigal, patrias abatidas, tropas de elefantes, vírgenes y santos de todas las calañas, mis llaves, bolívars descascarados, sin mi mí camisa, una cometa y el cielo, cristos, héroes de verdad o de artificio, pliegos de meses, ríos ilusorios, repisas, puentes como cuchilladas en el horizonte, virgilibios aterrados, trapos y volcanes, tigres, camándulas, botellas y mujeres, espejos desmemoriados, catedrales y tugurios, los abuelos, arcos del triunfo o de violines, ballenas, sartenes, monalistas y barcos, una primera comunión desleída, relojes con horas varadas, trastornadas o cuerdas.

Tu invención no fue una casualidad, fue un encargo de Dios.

LUÍS FERNANDO MACÍAS

Alguien que logro imaginar

A veces me pregunto si soy hombre
y una mujer más sabia que el silencio
me llena de su vida.

Como una fiesta su corazón
me envuelve de miedo y alegría
y somos el aura de la risa en su boca.

Mujer que retorna conmigo a la vejez
sin el cansancio de la muerte,
plena y sencilla

sale por altas calles de mi mano
y tiembla dichosa bajo mi cuerpo.

Mujer que con sus pasos teje hombres
como bordando lanudos vestidos blancos
para sus hijos engendrados.

Mujer que guardas
el lugar de donde vengo.

Una cocina de campo

Sobre las cenizas
un tizón permanece rojo.
Como el tierno abrazo de una madre
esta cocina de campo.
La cal aferrada a las paredes
por donde sube un negro humo
dejando su rastro de hollín
igual que tu recuerdo
en mi mente y en mi cuerpo
acumulándose.

El piso de barro
natural bajo mis pies
y muy cerca en un estanque
el agua se recoge
verde y tranquila.
En cada rincón de esta casa
mi alma como un sueño
ante el destino de una flor
se dibuja inmóvil y alegre.

Trance

Él es un muchacho todavía
y piensa estar contigo
compartiendo el sudor de una noche más.

En la plaza
alguien te espera
más cerca de tus ojos cada día.

Desde el pequeño cuarto
las voces llegan hasta la jaula del patio
y el turpial responde con su canto.

Es el verano.
Tus manos rodeando su espalda desnuda
no llevan en sus líneas escrito el amor
sin embargo él tampoco es cálido
sólo es joven.

Sólo esta noche te desea.

Azul de fuego

Mi tiempo engendró un hermano
mi coraza de azul de fuego está triste
mi calma de rosados pétalos llora.

No tengo el corazón helado
y he de verte cara a cara.

Amanecer que traes claridad
y vienes con el sol,
ayúdame.

En el trance de apartarla,
de negarme,
asísteme,
oh lluvia que caes sobre el valle.

JUAN PABLO ROA

La voz que escribe en ti

La voz que escribe es el otoño:
desciende la palabra en ti y en ti se dice,
vuelve la lluvia y la palabra *mar*
dice *playa* para nombrar la cumbre;
montaña en que nazco y vuelvo
a nombrar a partir de ausencias.

Tu nombre es un vino que nunca duerme,
palabra que descende y es estar en la distancia.

Multitud de rostros

Multitud de rostros me sostienen en la ausencia
y en Ohio los primeros dos:
el fútbol, primer salario fallido de mi padre;
universidad, su primer sustento.

Ohio State University, primer histrión
de la familia
cuando yo era aún ausencia,
partícipe sin luz.

Un negro transcurrir

Un negro transcurrir de niños
sobre ruedas se detiene en el portal.
Camino de la escuela una mirada azul
da cuerpo al glacial y salta el nombre indisciplina.
No hay memoria del dolor sino pregunta muda
que interroga al Ausente.

No eran cenicientas las aguas

No eran cenicientas las aguas ni desnudos
árboles cubrían con luz plumiza el monte;
era un triste esplendor de sol hiriente
alto como la tapia fallida a tus pies.

Una pereza endomingada trajo noticia
de tu ausencia, hoy ocre prolongación
de trabajos nocturnos que no duermen
como el vino.

Rebota aún mi pelota

Rebota aún mi pelota elástica
en Columbus y mi caballo azul
y blanco se mece inerte en su madera
que aún perdura en la fibra del poema.

Desconocidos objetos familiares
laten en la luz de mi ausencia:
incorporados a la mano por la foto,
en su revenido orín inician el renglón de otoño.

Ohio State University,
primera voz altisonante de la casa,
de un padre en su propia luz incandescente.

PAUL NILSSON

En casa

Pertenezco a lugares
donde el gran anonimato es total como un
Niño que con pesada mochila
y con Pesados pasos arrastra el futuro

Puede que me siente en escaleras
y vea
quiero decir ver un *fósil*
más acá de la lluvia que golpea
la seguridad del soplo del viento tras la puerta blindada
despierta recuerdos dinosaurios en el organismo

Una amable señora puede colocar un gomero en la ventana
y ahora cuando el sol no seca el agua rápidamente
sale a regarlo

Puede tener un vestido verde con volados
y ruleros y dos gatos
que se llaman Tutti y Frutti por que estuvo en Italia en 1972
en Rimini

¿Por qué estás allí?, podría ella preguntar
Y el fósil podría sacar las palabras de mi
boca de millones de años
No tenía otra opción

Libre

Ibas pasando
semáforos en rojo
por la vida

Viniste individual
como un ser libre
para cumplir una vida en el país

y el país se llama Tristeza
y la libertad te ha costado una estadía de vida
en soledad

Tus palabras

El lenguaje es una lanza
de doble filo
que llevan todas las tribus
dirigidas al príncipe del poder
lanzadas por soldados mudos
clavada en el pecho del pueblo

La palabra es verde y roja y crece
más y más
tú Boca es una herida Abierta

Tus oídos son rojos y verdes y sordos
al espectro sonoro infinito
tan cercano a eso que llamamos Sonido

Sé sincero conmigo
quiero que seas Tú quien hable

Demopoema

Alguien escribe en negro en mi timpano
-la vida ha crecido al alto espacio
en que los ángeles son un hecho científico-
Pronto alguien que actúa de modo
imprevisible
llegará como Amigo tardío o esperado Enemigo
con nombre exacto

El futuro no es más ciego y difuso
El círculo es siempre otra vez
Podemos cernir en el río que lleva al futuro
sospechar su oro
pero no valorarlo

Pero en los sombríos túneles del pozo sin fondo del tiempo
rige otro orden
y es muy difícil fijar la mirada

con ojos doloridos de electrones
tan abiertos y abandonados como heridas al sol
cuando las democracias se declaran desde la Torre de Babel
ver en la historia

Dasso Saldívar (San Julián, 1951) cursó Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad donde reside desde 1975. Naturalizado español, ha colaborado en *El País*, *Cuadernos Americanos* y *Afrique-Asie*, así como en programas culturales de Televisión Española. Aparte de García Márquez, a quien ha dedicado más de veinte años de investigación, ha publicado trabajos sobre César Vallejo, Augusto Roa Bastos y Álvaro Mutis. En 1981 obtuvo el Premio Jauja de Cuentos.

María Polidóuri (Kalamata, 1905-1930), huérfana desde niña, en 1921 llegó a Atenas para estudiar derecho, donde hizo amistad con Kóstas Kariotákis. En 1926 fue a París, regresando a Grecia fatalmente enferma, donde murió. Sus poemas se preguntan por la razón de vivir entre el dolor y la incompreensión.

Günter Eich (Lebus, 1907-1972) fue a Berlín siendo niño, allí estudió sinología. Escribió para la radio y luchó en la Segunda Guerra Mundial, donde al ser hecho prisionero comenzó a escribir poemas. Viajó por India, Japón y Estados Unidos. Es considerado uno de los grandes poetas alemanes del siglo XX.

Alfonso Quijada Urías (Quezaltepeque, 1940), poeta y narrador e incansable viajero, vive hace años en Canadá, desde donde se ha dado a conocer con los seudónimos de Kijadurías y Topiltzin Quetzalcoatl. Es uno de los principales exponentes del pensamiento esotérico centroamericano y se le considera uno de los grandes poetas místicos de El Salvador.

Nguyen Chi-Trung (Vietnam, 1948), hizo estudios de filosofía y matemáticas en Alemania y vive en Stuttgart. Ha vertido al vietnamita poetas como Kavafis, Pessoa y Hölderlin, entre otros.

Eduardo Milán (Rivera, 1952), es Licenciado en Letras de la Universidad de la del Uruguay. Huérfano, padeció la dictadura militar uruguaya y el encarcelamiento de su padre. Vive desde 1979 en México. De 1986 a 1991 Milán mantuvo una columna de crítica a la poesía en la revista *Vuelta*.

León Darío Gil (Caramanta, 1953), hizo estudios de derecho en la Universidad Cooperativa Nacional de Manizales, ciudad donde trabaja como investigador cultural.

Luis Fernando Macías (Medellín, 1957), novelista, ensayista y poeta es profesor de la Universidad de Antioquia. Uno de sus más recientes libros es *Quien no la adivina bien tanto es* (2004).

Juan Pablo Roa (Bogotá, 1967), estudió Letras en Bogotá y se especializó en lengua y literatura portuguesas en la Universidad de Lisboa. Además de editor, se ha desempeñado como traductor del italiano y del portugués. Desde el año 2000 reside en Barcelona, donde publica la revista de poesía *Animal Sospechoso*.

Paul Nilsson (Escania, 1971), dirigió la asociación de poetas suecos *Poeter* y es colaborador del Festival de Poesía de Malmö. Los poemas que publicamos, en traducción de Roberto Mascaró hacen parte de su libro *Det Lilla och det stora Havet*.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

Luís Antonio de Villena
Francisco Massiani
8 poetas venezolanas
César Bisso
Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Rowena Hill
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Li Bai
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva